

El Guadalete

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.
(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852)

AÑO XLVIII. Jerez de la Frontera, Viernes Santo 5 de Abril de 1901. Núm. 14.044.

Las primicias de la redención

El centro del mundo nuevo es la montaña del Calvario. En torno de la Cruz que se levanta sobre su escueta y ensangrentada cumbre, giran las ideas y las costumbres de la humanidad redimida: y allí busca su inspiración el arte, y los pueblos la verdadera civilización. Pasan los siglos y al despenharse en el abismo de lo eterno, saludan el estandarte de la Cruz como los gladiadores al César, y las generaciones se suceden, arrastradas por la tiranía del tiempo, dejan al pie del árbol santo lágrimas amantes y plegarias de adoración. Objeto ayer de escándalo y de ignominia, hoy corona la diadema del Rey; protege el corazón del Pontífice, y brilla gloriosa sobre el pecho del soldado como símbolo de bravura y de lealtad.

Quiso la Sinagoga, con perfidia envilecer la memoria del Justo, y cumpliendo las predicciones del tétrico Isaias, crucificó a Jesús entre dos ladrones, como si fuera el más culpable de los tres.

Pero el Hombre-Dios, con una inversión maravillosa que lleva al alma dulcísima esperanzas, convierte el patíbulo afrentoso en trono de clemencia, y la colina infame de los ajusticiados en glorioso teatro de misericordia y de perdón. Insensibles a la simpatía que crea una misma pena, y sin respeto a la fraternidad irresistible del dolor, los dos, malos, envueltos en la nube de odio y sangre que se cierne sobre Jerusalén en aquel día pavoroso, mezclan sus injurias y sus blasfemias con los alaridos e improprios de la desenfrenada muchedumbre, insultan en su agonía al Redentor.

Atravesando aquellas maldiciones, que cual alas de fuego inundan el corazón de la divina víctima, su compasiva mirada llega hasta uno de los bandidos, y aquel miserable que ha recorrido todos los caminos del crimen, será ante el cielo y la tierra el primer fruto del árbol sacrosanto de la Cruz.

Por encima de la cabeza del Salvador, dulcemente inclinada hacia la tierra, se entabla diálogo sublime y conmovedor, que hasta el fin de los tiempos leerán los hombres con lágrimas de amante gratitud. Mientras que el uno de los malvados, increpando a Jesús, dice con sarcasmo: «Si eres Cristo, ¿por qué no bajas de la Cruz y nos salvas?» El otro con acentos de noble indignación, nunca tal vez sentida, contesta al cómplice de ayer: «Tampoco tú tienes temor de Dios y estás sufriendo la misma condena que El. ¿Qué profesión de fe tan admirable! ¿Qué gloriosa transformación!»

No ha visto los prodigios que anunciaron el nacimiento de Jesús, como los pastores y los Magos; no escuchó jamás sus enseñanzas como los Apóstoles, ni presenciado sus milagros como Juan y la Magdalena, y a pesar de las humillaciones de la Cruz y al través del velo de ignominia que desfigura su rostro celestial, el buen ladrón se declara solemnemente confesor de Cristo, a quien los mismos Apóstoles abandonan, y ardiente afirmador de su divinidad.

Obediente a los impulsos de la gracia que le oblicta, el afortunado criminal baja desde las alturas de la fe hasta los abismos de su conciencia degradada, y abarcando en rápido y doloroso examen todos los desórdenes de su vida, desde lo alto de aquella cruz y sin temor al respeto humano, se declara culpable; acepta como justa la sentencia que le oprime, y con la caridad y el celo de un Apóstol, llama y exhorta a su desgraciado compañero para que se convierta y muera como el que quiere morir, con la confesión del crimen en los labios, y en el alma la esperanza del perdón.

Esclarecido por la fe y rehabilitado por la penitencia, el miserable criminal se atreve a hablar al gran Misericordioso, y con acentos de incomparable humildad le dice: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.» Nunca llegó a Jesús más confiada y humilde la súplica del culpable; ni nunca cayó más pronta y abundante la gracia del Señor. Hoy contesta el Redentor del mundo, antes que las sombras del valle lleguen a las colinas, antes que la tierra desaparezca entre las tinieblas de una noche anticipada: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Y el ladrón robó el cielo, como dice San Juan Crisóstomo en un arranque de santa envidia. Ni Abraham, ni Isaac, ni Jacob, ni Moisés merecieron tan pronta recompensa. Antes que Patriarcas y Profetas salgan del limbo de la esperanza, el buen ladrón, que a Jesús entre tormentos le ama y le defiende, le mira enclavado y le suplica, le contempla morir y proclama su divinidad, entrará solo en el Paraíso la tarde del Viernes Santo co-

mo primicia del mundo redimido por la sangre divina vertida en una Cruz.

JAIME, O. DE SIÓN.

LO QUE NO MUERE

Es innegable; adviértese en las almas un anhelo cada vez mayor de volver a la fe, no obstante los bravos alaridos irreligiosos. «El errante rebaño humano» dice de Voltaire «da vueltas en derredor del viejo templo abandonado. Luces durante largo tiempo apagadas comienzan a brillar en el interior. Con desconfianza todavía, pero con atención creciente, los que pasan se detienen y miran aquellas claridades olvidadas.» Y no se crea que esta reacción religiosa depende, como ha dicho Brunetiere, recientemente, de que la ciencia ha fracasado, sino del convencimiento íntimo de que la ciencia es impotente por sí sola para satisfacer las infinitas aspiraciones del espíritu, del mismo modo que el telescopio, no obstante su poderoso alcance, es impotente también para penetrar la inmensurable extensión de los espacios. El hombre no se contenta ni se contentará jamás con el conocimiento de un número—por grande que sea de verdades. El más allá es ley de su pensamiento. La ciencia tiene un límite ante el cual le es forzoso detenerse. Allí donde ella calla, habla la religión interpretando y explicando lo desconocido. El error de muchos pensadores de nuestro siglo ha sido negar la existencia de ese límite ó pretender que el alma humana se resigna, a quedar encerrada dentro de las barreras, cada vez si más amplias, pero barreras al fin, de la ciencia. El conocimiento científico puede compararse al horizonte sensible: a medida que nos elevamos el círculo crece; pero siempre queda algo detrás de esa línea infranqueable, algo que no ven nuestros ojos, pero que nuestro espíritu adivina. Allí empieza la región del misterio, cuya clave nos da la religión.

Por ley ineludible de nuestro espíritu, nos interesa más lo que la ciencia no explica que aquello otro por ella evidenciado y demostrado. ¿Cuál es el porvenir de mi alma? ¿Persistirá mi individualidad? ¿Tendrán premio mis buenas acciones? ¿Se verá satisfecha la sed de justicia que existe en mí...

Las contestaciones a estas preguntas, contestaciones que me da la religión, me interesan mucho más que el conocer a punto fijo, por ejemplo, la paralaje de la estrella Sirio ó la composición histo-química de los tejidos de mi cuerpo... No, la ciencia no ha fracasado; los que han fracasado son los que creyeron temerariamente que ella podría satisfacer nuestras curiosidades infinitas. A la ciencia lo que es de la ciencia, pero a Dios lo que es de Dios. Un gran pensador lo ha dicho: «Se puede existir, pero no se puede vivir sin haber experimentado alguna vez los nobles extremos del alma visitada por lo infinito; el hombre para vivir tiene necesidad de pensar, y el pensamiento, como la plegaria, es la respiración del alma del lado del cielo.»

No es sólo la fe una necesidad de nuestro entendimiento; es además un anhelo de nuestro corazón. «La vida» se ha dicho con verdad «es un dolor continuo en ella el placer es lo accidental.» Por feliz que haya sido nuestra existencia, si volvemos la vista a nuestro pasado nos llena de espanto; consideramos la suma de penalidades y de angustias que hemos padecido. Sin contar nuestros dolores físicos ni las decepciones y desengaños de que hemos sido víctimas, y fijándonos tan solo en las heridas que la muerte nos ha causado, ¿qué de angustias! «Nuestra existencia está como la vía Apia flanqueada de sepulcros.» Padres, hermanos, amigos, hijos, van quedando a los lados de la ruta que nosotros recorremos cada vez más fatigados y más solos.

Pero cuando estos recuerdos vienen a atormentarnos, la fe, como madre piadosa envija nuestras lágrimas, y señalándonos el cielo, nos dice con voz llena de promesas: ESPERA. Confortados por la palabra divina, seguimos valientemente nuestra marcha con la esperanza de reunirnos al fin del rudo caminar con los seres amados de nuestro corazón.

Y así como el campesino de Cirene ayudó al divino Nazareno a sobrellevar el peso de la Cruz, así la Religión nos ayuda a soportar la pesadumbre de nuestros infortunios, oprobios y penalidades. Gracias a la fe sufre el enfermo resignado sus dolores, y el mendigo su hambre, y el trabajador su fatiga, y el traicionado la traición y el vilipendio el vilipendio. Si llegase un día en que la fe abandonase la tierra, los hombres se despedazarían unos a otros como lobos salvajes.

pendido el vilipendio. Si llegase un día en que la fe abandonase la tierra, los hombres se despedazarían unos a otros como lobos salvajes.

¿Qué fortaleza habrá más resistente que la fortaleza de la religión cristiana? La religión del dolor ejerce sobre nuestro espíritu avasallador influjo. Dios, participando de nuestras angustias y sufriendo nuestras miserias, nos parece aun más grande que en su trono de luz rodeado de coros de ángeles y coronado de estrellas. Puede decirse, con verdad que cuanto más humano le consideramos, más divino se nos representa. Saber que El como nosotros tuvo hambre y sed, que en presencia de su cáliz vertió lágrimas amargas como las que nosotros vertemos en presencia del nuestro, que se sintió desfallecido como tantas veces nos sentimos nosotros, cosas son todas ellas que nos dan fuerza para hacer cara a las angustias de la existencia. No es incompatible el desfallecimiento con la fe; del corazón humano es propio el desaliento; pero cuando no nos alejamos de Dios, el desaliento pasa y la esperanza brilla de nuevo.

Hay un momento en la agonía de Jesús que resume en un sólo grito la queja dolorosa que viene repitiendo la humanidad desde el primer hombre hasta los que ahora vivimos. Caía la tarde y bajo un cielo negro y ceñudo, en informe madero hincado en lo alto del Calvario, lejos de las murallas de Jerusalén, agonizaba el hijo de Dios, abandonado de los suyos, escarnecido por los sayones, olvidado de aquella ciudad y de aquel pueblo por quien ofrecía su vida y su sangre. Al morir dió Jesús una gran voz diciendo: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?» Este grito, lanzado desde lo alto de la Cruz, es como el sollozo de todos los vencimientos, como la protesta de todas las agonías... No hay conciencia que no haya repetido alguna vez la desgarradora exclamación... Los que han sufrido hambre y sed de justicia, los perseguidos, los calumniados, los víctimas de la iniquidad, prorrumpen en aquella amarguísima queja que resono en la cumbre del Calvario, ennoblecendo las flaquezas de nuestro ser; flaquezas que se nos perdonan siempre que sean recibidas y aceptadas en nombre de Dios.

La religión de Cristo es inmovible. La cruz ha flotado siempre después de todos los naufragios y ha extendido sus brazos victoriosos después de todas las tempestades. Las flechas que contra ella se han lanzado, como en la batalla de Covadonga se han vuelto sobre los mismos que la dispararon, y la apostasía repite hoy, como en los tiempos de Juliano, el grito despectivo, «Venciste, Galileo.» La religión cristiana tan inflexible está en la sociedad como la sangre en nuestro cuerpo: todos los hechos de la existencia social tienen su principio y su fin en la Religión. Ella nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro; bendice nuestro advenimiento a la vida, sanciona nuestros amores, santifica nuestro hogar, informa nuestras leyes, ilumina con luz sublime nuestras obras de arte, y hasta después de la muerte protege nuestras pobres cenizas.

En España, religión y patria se confunden en un mismo y sublime ideal. Si llegase un día en el cual no hubiese iglesias en las aldeas, ni catedrales en las ciudades, ni cruces en los caminos, ni plegarias en los labios, ni fe en los corazones, ¡oh! entonces España, la tierra clásica del cristianismo, dejaría de ser España.

En cambio, aunque sobre nuestra nación descarguen todas las tempestades, aunque vuelvan los días tristes de las grandes invasiones, aunque no quede piedra sobre piedra de nuestras ciudades, como sobre los escombros se alza todavía la cruz de Cristo y en torno de ella se agrupan las reliquias de la España creyente, nuestra patria volverá a renacer de sus cenizas, como ha renacido siempre después de las durísimas pruebas a que Dios la ha sometido.

Ayer El Observador, con excelente acuerdo, inserta la siguiente magnífica oda, del inspirado vate, doctísimo literato y sacerdote ejemplar, D. Diego Herrero y Espinosa de los Monteros, hermano del actual ilustre Arzobispo de Valencia, Dean

que fué de la Catedral de Cádiz, y persona queridísima de cuantos le conocieron, de lo cual pueden testificar todavía los que, como nosotros, admiraron bajo múltiples aspectos, sus grandes méritos y virtudes.

ALA MUERTE DE JESUS

ODA
¿Dónde, a donde sube
de sangre roja y de tiniebla obscura,
la pavorosa nube del Gólgota en la altura,
y los aires hendiendo por
asorda al mundo con su ronco estruendo?

La ve el sol y oscurece
el ancho disco de su luz radiante,
el mar se ensorbece:
tiembla la tierra inquieta y vacilante,
y las tumbas medrosas
los muertos lanzan de sus huecas fosas.

No mueras, amor mío,
dulce Jesús, del Cielo la hermosura,
en ese leño impio,
que es cada gota de tu sangre pura
un mar que en sus profundos
puede lavar el crimen de mil mundos.

¡Oh, déjame que muera
en esa cruz de mi tan mercedal,
que es muerte aun más fiera
¡ay! que respire el aura de la vida
mi pecho delincuente,
cuando expira en la cruz el inocente.

¡Ay... déjame ese lecho,
que en él quiere dormir sueño de amores
mi corazón deshecho:
cesen, ya, para siempre los dolores
de tus sienas divinas
y coróname yo con tus espinas.

Que estoy de amor sediento
y he de beber el caliz de mi amado,
hasta apurar su asiento
y morir de amores embriagado:
y el ánima quisiera
mil vidas ofrecerte que tuviera.

Y es tal mi amor ardiente,
que a todo amor aventajar quería,
y ya de hoy no consentiré
que nadie exceda a la constancia mía;
enojo dame y zeloso
me aventaje en amor el mismo Cielo.

¡Ah!... Vuélveme tus ojos
velados con la sangre que derramas,
y postrado de hinosos
oiga yo de tus labios que me amas,
te bendiga y te alabe,
tus plantas bese y de morir acabe.

Y vive tú, amor mío,
Gloria del Padre y de los cielos Lumbre,
que no es un leño impio
elevado del Gólgota en la cumbre,
tenido en sangre ardiente
de un Hombre-Dios el trono refulgente.

Mas ¡ah! que amor divino
así lo exige, y el amor no cede.
El Cielo cristalino
ya deteneré en su mansión no puede:
la cruz sola en el mundo
talamo es digno de tu amor profundo.

¡Llegó la hora postrera,
clama Jesús, los Cielos enmudecen;
el universo espera:
¡a millares los ángeles parecen,
y los himnos entonan
y ¡Gloria! ¡Gloria! al vencedor pregonan.

La cabeza inclinada,
llama a la muerte el Hijo del Dios vivo,
que medrosa y callada,
llega, depuesto el continente altivo,
y en la Cruz es vencida
anegada en un piélago de vida.

Triunfó ya de la muerte,
del pecado del mundo y del infierno
de Judá el León fuerte:
fija los ojos plácido el Eterno
sobre la cruz amante,
y depone la espada fulminante.

De hoy no más venganza:
la justicia y la paz juntas se anidan
cual iris de esperanza,
y al blando imperio del amor convidan,
y el hombre rescatado
hasta el sálto de gloria es sublimado.

Venciste, amor, venciste
en esa cruz, donde por mí clavado
al mundo redimiste
del cautiverio duro del pecado:
más... cuando, Jesús mío,
vencerás para siempre mi albedrío.

DIEGO HERRERO Y ESPINOSA DE LOS MONTEROS
Arzobispo de Valencia, Dean

